

Temo mucho que el cuello embarazado con los lazos de las esmeraldas y perlas no dé lugar á la espada. Por lo cual, benditas, ensayémonos en lo más áspero, y no sentiremos. Dejemos lo apacible y alegre, y luégo nos dejará su deseo. Estemos aprestadas para cualquier suceso duro, sin tener cosa que temamos perder; que estas cosas ligaduras son que detienen nuestra esperanza. Desechemos las galas del suelo si deseamos las celestiales. No améis el oro, que fué materia del primer pecado del pueblo de Dios (1). Obligadas estáis á aborrecer lo que fué perdición de aquella gente; lo que apartándose de Dios, adoró; y aun ya desde entonces el oro es yesca del fuego. Las sienes y frentes de los cristianos en todo tiempo, y en este principalmente, no el oro, sino el hierro, las traspasa y enclava. Las estolas del martirio nos están prestas y á punto. Los ángeles las tienen en las manos para vestirnoslas. Salid, salid aderezadas con los afeites y con los trajes vistosos de los apóstoles. Poneos el blanco de la sencillez, el colorado de la honestidad; alcoholad con la vergüenza los ojos, y con el espíritu modesto y callado. En las orejas poned como arracadas las palabras de Dios. Añudad á vuestros cuellos el yugo de Cristo. Subjetad á vuestros maridos vuestras cabezas, y quedaréis así bien hermosas. Ocupad vuestras manos con la lana, enclavad en vuestra casa los piés, y agradarán más así que si los cercádes de oro. Vestid seda de bondad, Holanda de santidad, púrpura de castidad y pureza, que afeitadas desta manera, será vuestro enamorado el Señor. Esto es el Tertuliano».

Mas no son necesarios los arroyos, pues tenemos la voz del Espíritu Santo, que por la boca de sus apóstoles, san Pedro y san Pablo, condena este mal clara y abiertamente. Dice san Pedro (2):

«Las mujeres estén sujetas á sus maridos, las cuales ni

(1) Exod., cap. 32.

(2) I, Pet., cap. 3, v. 1, 3, 4, 5.

traigan por defuera descubiertos los cabellos, ni se cerquen de oro, ni se adornen con aderezo de vestiduras preciosas, sino su aderezo sea en el hombre interior, que está en el corazón ascondido. La entereza y el espíritu quieto y modesto, el cual es de precio en los ojos de Dios; que desta manera en otro tiempo se aderezaban aquellas santas mujeres.»

«Y san Pablo escribe semejantemente (1): «Las mujeres se vistan decentemente, y su aderezo sea modesto y templado, sin cabellos encrespados y sin oro y perlas, y sin vestiduras preciosas, sino cual conviene á las mujeres que han profesado virtud y buenas obras.»

Este, pues, sea su verdadero aderezo, y para lo que toca á la cara, hagan como hacia alguna señora deste reino. Tiendan las manos y reciban en ellas el agua sacada de la tinaja, que con el aguamanil su sirvienta les echare, y llévenla al rostro, y tomen parte della en la boca y laven las encias, y tornen los dedos por los ojos y llévenlos por los oídos, y detrás de los oídos también, y hasta que todo el rostro quede limpio no cesen, y después, dejando el agua, limpiense con un paño áspero, y queden así más hermosas que el sol. Añade:

§. XIII.

La buena mujer ha de ser dichosa, gloria, feliz suerte y bendición de su marido.

Señalado en las puertas su marido cuando se asentare con los gobernadores del pueblo (2).

En las puertas de la ciudad eran antiguamente las plazas, y en las plazas estaban los tribunales y asientos de los jueces y de los que se juntaban para consultar sobre el

(1) I, Ad timoth., cap. 2, v. 9.

(2) Vers. 23.

buen gobierno y regimiento del pueblo. Pues dice que en las plazas y lugares públicos, y adonde quiera que se hiciere junta de hombres principales, el hombre cuya mujer fuere cual es la que aquí se dice, será por ella conocido y señalado ypreciado entre todos. Y dice esto Salomón, ó en Salomón el Espíritu Santo, no sólo para mostrar cuánto vale la virtud de la buena, pues da honra á sí y ennoblece á su marido, sino para enseñarle en esta virtud de la perfecta casada, de que vamos hablando, que es lo sumo della, y la raya hasta donde ha de llegar, que es el ser corona y luz y bendición y alteza de su marido; pues es así que todos conocen y cantan y reverencian, y tienen por dichoso y bienaventurado al que le ha cabido esta buena suerte; lo uno por haberle cabido, porque no hay joya ni posesión tan preciada, ni envidiada como la buena mujer; y lo otro, por haber merecido que le cupiese; porque, así como este bien es precioso y raro, y dón propiamente dado de Dios, así no le alcanzan de Dios sino los que, temiéndole y sirviéndole, se lo merecen con señalada virtud. Así lo testifica el mismo Dios en el *Eclesiástico* (1): «Suerte buena es la mujer buena, y es parte de buen premio de los que sirven á Dios, y será dada al hombre por sus buenas obras.» De arte que el que tiene buena mujer es estimado por dichoso en tenerla, y por virtuoso en haberla merecido tener. De donde se entiende que el carecer deste bien, en muchos es por su culpa dellos. Porque á la verdad, el hombre vicioso y distraído y de *aviesa* (2) y revesada condición, que juega su hacienda, y es un león en su casa, y sigue á rienda suelta la deshonestidad, no espere, ni quiera tener buena mujer; porque ni la merece, ni Dios la quiere á ella tan mal, que la quiera juntar á compañía tan mala, y porque él mismo con su mal ejemplo y vida desvariada la estraga y corrompe. Pero torna Salomón á lo casero de la mujer, y dice:

(1) *Ecclesiast.*, cap. 26, v. 3.

(2) Mal inclinada.

§. XIV.

La industria y cuidado de la buena casada han de llegar, no sólo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra.

Lienzo tejió y vendiólo; franjas dió al cananeo (1).

Cananeo llama al mercader y al que decimos cajero, porque los de aquella nación ordinariamente trataban desto, como si dijésemos ahora al portugués. Y va siempre añadiendo una virtud á otra virtud, y lleva poco á poco á su mayor perfección esta pintura que hace, y quiere que la industria y cuidado de la buena casada llegue, no sólo á lo que basta en su casa, sino aun á lo que sobra, y que las sobras las venda, y las convierta en riqueza suya y en arreo y provisión agena. Y baste lo que ya acerca desto arriba tenemos dicho.

§. XV.

De la templanza y medio que ha de observar la perfecta mujer en su condición y trato.

Fortaleza y buena gracia su vestido, reirá hasta el día postrero (2).

Aunque esta buena casada ha de ser para mucho, que es lo que aquí Salomón llama fortaleza, no por eso tiene licencia para ser desabrida en la condición, y en su manera y trato desgraciada; sino, como el vestido ciñe y rodea todo el cuerpo, así ella toda y por todas partes ha de andar cercada y como vestida de un valor agraciado y de una gracia valerosa. Quiero decir, que ni la diligencia, ni la vela, ni la asistencia á las cosas de su casa la ha de hacer áspera y terrible, ni menos la buena gracia y la apacible

(1) Vers. 24.

(2) Vers. 25.

habla, semblante ha de ser muelle, ni desatado. Sino que templando con lo uno lo otro, conserve el medio en ambas á dos cosas, y haga de entrambas una agradable y excelente mezcla. Y no ha de conservar por un día ó por un breve espacio aqueste tener, sino por toda la vida, hasta el día postrero della. Lo cual es propio de todas las cosas que, ó son virtud ó tienen raíz en la virtud, ser perseverantes y casi perpetuas, y en esto se diferencian de las no tales; que estas, como nacen de antojo, duran por antojo; pero aquellas, como se fundan en firme razón, permanecen por luengos tiempos. Y los que han visto alguna mujer de las que se allegan á esta que aquí se dice, podrán haber experimentado lo uno y lo otro. Lo uno, que á todo tiempo y á toda sazón se halla en ella dulce y agradable acogida; lo otro, que esta gracia y dulzura suya no es gracia que desata el corazón del que la ve, ni le enmollece, antes le pone concierto y le es como una ley de virtud, y así le deleita y aficiona, que juntamente le limpia y purifica; y borrando dél las tristezas, lava las torpezas también; y es gracia que aun la engendra en los miradores. Y la fuerza della, y aquello en que propiamente consiste, lo declara más enteramente lo que se sigue:

§. XVI.

Cuánto importa que las mujeres no hablen mucho y que sean apacibles y de condición suave.

Su boca abrió en sabiduría, y ley de piedad en su lengua (1).

Dos cosas hacen y componen este bien de que vamos hablando, razón discreta y habla dulce. Lo primero llama sabiduría, y piedad lo segundo, ó por mejor decir, blandura. Pues entre todas las virtudes sobredichas, ó para decir

(1) Vers. 26.

verdad, sobre todas ellas, la buena mujer se ha de esmerar en esta, que es ser sabia en su razón y apacible y dulce en su hablar. Y podemos decir que con esto lucirá y tendrá como vida todo lo demás de virtud que se pone en esta mujer, y que sin ello quedará todo lo otro como muerto y perdido. Porque una mujer necia y parlera, como lo son de continuo las necias, por más bienes otros que tenga, es intolerable negocio. Y ni más, ni menos la que es brava y de dura y áspera conversación, ni se puede ver, ni sufrir. Y así, podemos decir que todo lo sobredicho hace como el cuerpo desta virtud de la casada que dibujamos; mas esto de ahora es como el alma y es la perfección y el remate y la flor de todo este bien. Y cuanto toca á lo primero, que es cordura y discreción ó sabiduría, como aquí se dice, la que de suyo no la tuviere ó no se la hubiere dado el dón de Dios, con dificultad la persuadiremos á que le falta y á que la busque. Porque lo más propio de la necedad es no conocerse y tenerse por sabia. Y ya que la persuadamos, será mayor dificultad ponerla en el buen saber, porque es cosa que se aprende mal cuando no se aprende en la leche. Y el mejor consejo que les podemos dar á las tales, es rogarles que callen y que ya que son poco sabias, se esfuercen á ser mucho calladas. Que como dice el Sabio (1): «Si calla el necio, á las veces será tenido por sabio y cuerdo.» Y podrá ser así, que callando y oyendo, y pensando primero consigo lo que hubieren de hablar, acierten á hablar lo que merezca ser oído. Así que, deste mal esta es la medicina más cierta, aunque ni es bastante medicina, ni fácil. Mas, como quiera que sea, es justo que se precien de callar todas, así aquellas á quien les conviene encubrir su poco saber, como aquellas que pueden sin vergüenza descubrir lo que saben; porque en todas es, no sólo condición agradable, sino virtud debida, el silencio y el hablar poco. Y el abrir su boca en sabiduría, que

(1) Proverb., cap. 17, v. 28.

el Sabio aquí dice, es no la abrir sino cuando la necesidad lo pide, que es lo mismo que abrirla templadamente y pocas veces, porque son pocas las que lo pide la necesidad. Porque, así como la naturaleza, como dijimos y diremos, hizo á las mujeres para que encerradas guardasen la casa, así las obliga á que cerrasen la boca; y como las desobligó de los negocios y contrataciones de fuera, así las libertó de lo que se consigue á la contratación, que son las muchas pláticas y palabras. Porque el hablar nace del entender, y las palabras no son sino como imágenes ó señales de lo que el ánimo concibe en sí mismo; por donde, así como á la mujer buena y honesta la naturaleza no la hizo para el estudio de las ciencias, ni para los negocios de dificultades, sino para un solo oficio simple y doméstico; así les limitó el entender, y por consiguiente les tasó las palabras y las razones; y así como es esto lo que su natural de mujer y su oficio le pide, así por la misma causa es una de las cosas que más bien le está y que mejor le parece. Y así solía decir Demócrito (1) que el aderezo de la mujer y su hermosura era el hablar escaso y limitado. Porque, como en el rostro la hermosura dél consiste en que se respondan entre sí las facciones, así la hermosura de la vida no es otra cosa sino el obrar cada uno conforme á lo que su naturaleza y oficio le pide. El estado de la mujer, en comparación del marido, es estado humilde, y es como dote natural de las mujeres la mesura y vergüenza, y ninguna cosa hay que se compadezca menos, ó que desdiga más, de lo humilde y vergonzoso, que lo hablador y lo parlero.

Cuenta Plutarco (2) que Fidias, escultor noble, hizo á los elienses una imagen de Venus que afirmaba los piés sobre una tortuga, que es animal mudo y que nunca desampara su concha; dando á entender que las mujeres por

(1) Apud Stobæum, serm. LXIX.

(2) Lib. *De præceptis conjugaliibus*.

la misma manera han de guardar siempre la casa y el silencio. Porque verdaderamente el saber callar es su sabiduría propia y aquella de quien habla aquí Salomón, aunque para aprendida es muy dificultosa á aquellas que de su cosecha no la tienen, como decíamos. Y esto cuanto á lo primero. Mas lo segundo, que toca á la aspereza y desgracia de la condición, que por la mayor parte nace más de la voluntad viciosa que de naturaleza errada, es enfermedad más curable. Y deben advertir mucho en ello las buenas mujeres; porque, si bien se mira, no sé yo si hay cosa más mostruosa y que más disuene de lo que es, que ser una mujer áspera y brava. La aspereza hizose para el linaje de los leones ó de los tigres, y aun los varones, por su compostura natural y por el peso de los negocios en que de ordinario se ocupan, tienen licencia para ser algo ásperos. Y el sobrecejo y el ceño y la esquivez en ellos está bien á las veces; mas la mujer, si es leona, ¿qué le queda de mujer? Mire su hechura toda, y verá que nació para piedad. Y como á las onzas las uñas agudas y los dientes largos y la boca fiera y los ojos sangrientos las convidan á crueza, así á ella la figura apacible de toda su disposición la obliga á que no sea el ánimo menos mesurado que el cuerpo parece blando. Y no piensen que las crió Dios, y las dió al hombre sólo para que le guarden la casa, sino también para que le consuelen y alegren; para que en ella el marido cansado y enojado halle descanso, y los hijos amor, y la familia piedad, y todos generalmente acogimiento agradable. Bien las llama el hebreo á las mujeres «la gracia de casa». Y llámalas así, en su lengua con una palabra, que en castellano, ni con decir gracia, ni con otras muchas palabras de buena significación, apenas comprendemos todo lo que en aquella se dice; porque dice aseo, y dice hermosura, y dice donaire, y dice luz y deleite y concierto y contento, el vocablo con que el hebreo las llama. Por donde entendemos que de la buena es tener estas cualidades todas, y entendemos también que la que va

por aquí, no debe ser llamada, ni la gracia, ni la luz, ni el placer de su casa, sino el trasto della y el estropiezo, ó por darles su nombre verdadero, el *trasgo* (1) y la *estanti-gua* (2) que á todos los turba y asombra. Y sucede así, que como las casas que son por esta causa asombradas, después de haberlas conjurado, al fin los que las viven las dejan; así la habitación donde reinan en figura de mujer estas fieras, el marido teme entrar en ella, y la familia desea salir della, y todos la aborrecen, y lo más presto que pueden la santiguan y huyen. ¿Qué dice el Sabio? (3) «El azote de la lengua de la mujer brava por todo se extiende, enojo fiero la mujer airada y borracha, es su afrenta perpetua (4).» Conocí yo una mujer que cuando comía reñía, y cuando venía la noche reñía también, y el sol cuando nacía la hallaba riñendo, y esto hacía el *disanto* (5) y el día no santo, y la semana y el mes, y todo el año no era otro su oficio sino reñir; siempre se oía el grito y la voz áspera, y la palabra afrentosa y el deshonor sin freno, y ya sonaba el azote y ya volaba el chapín, y nunca la oí que no me acordase de aquello que dice el poeta (6):

Tesifone, ceñida de crueza
la entrada sin dormir de noche y día,
ocupa, suena el grito, la braveza,
el lloro, el crudo azote, la porfia.

Y así, era su casa una imagen del infierno en esto, con ser en lo demás un paraíso, porque las personas dellas eran, no para mover á braveza, sino para dar contento y descanso á quien lo mirara bien. Por donde, cargando yo el juicio algunas veces en ello, me resolví en que de todo aquel vocear y reñir no se podía dar causa alguna que co-

(1) Duende.

(2) Visión ó fantasma, que ofreciéndose á los ojos, causa espanto.

(3) Ecclesiast., cap. 26, v. 9.

(4) Ibid., v. 12.

(5) Domingo ó día de fiesta. No es voz política.

(6) Ovid., lib. IV, Metamorph.

lorada fuese, sino era querer digerir con aquel ejercicio las cenas, en las cuales de ordinario esta señora excedía. Y es así que en estas bravas, si se apuran bien todas las causas desta su desenfrenada y continua cólera, todas ellas son razones de disparate; la una, porque le parece que cuando riñe es señora; la otra, porque la desgració el marido, y halo de pagar la hija ó la esclava; la otra, porque su espejo no le mintió, ni la mostró hoy tan linda como ayer, de cuánto ve levanta alboroto. Á la una embravece el vino, á la otra su no cumplido deseo, y á la otra su mala ventura. Pero pasemos más adelante. Dice:

§. XVII.

No han de ser las buenas mujeres callejeras, visitadoras y vagabundas, sino que han de amar mucho el retiro y se han de acostumbrar á estarse en casa.

Rodeó todos los rincones de su casa, y no comió el pan de balde (1).

Quiere decir que en levantándose la mujer, ha de proveer todas las cosas de su casa, y poner en ellas orden, y que no ha de hacer lo que muchas de las de ahora hacen, que unas en poniendo los piés en el suelo, ó antes que los pongan, estando en la cama, negocian luégo con el almuerzo, como si hubiesen pasado cavando la noche. Otras se sientan con su espejo á la obra de su pintura, y se están en ella enclavadas tres ó cuatro horas, y es pasado el mediodía, y viene á comer el marido y no hay cosa puesta en el concierto. Y habla Salomón desta diligencia aquí, no porque antes de ahora no hubiese hablado della, sino por dejarla, con el repetir, más firme en la memoria, como cosa importante, y como quien conocía de las mujeres cuán mal se hacen al cuidado y cuán inclinadas son al regalo. Y

(1) Vers. 27.

dicelo también porque, diciéndole á la mujer que rodee su casa, le quiere enseñar el espacio por donde ha de menear los piés la mujer, y los lugares por donde ha de andar, y como si dijésemos, el campo de su carrera, que es su casa propia, y no las calles, ni las plazas, ni las huertas, ni las casas ajenas. «Rodeó, dice, los rincones de su casa;» para que se entienda que su andar ha de ser en su casa, y que ha de estar presente siempre en todos los rincones della, y que porque ha de estar siempre allí presente, por eso no ha de andar fuera nunca, y que, porque sus piés son para rodear sus rincones, entienda que no los tiene para rodear los campos y las calles. ¿No dijimos arriba que el fin para que ordenó Dios la mujer, y se la dió por compañía al marido, fué para que le guardase la casa, y para que lo que él ganase en los oficios y contrataciones de fuera, traído á casa, lo tuviese en guarda la mujer, y fuese como su llave? Pues si es por natural oficio guarda de casa, ¿cómo se permite que sea callejera y visitadora y vagabunda? ¿Qué dice san Pablo á su discípulo Tito que enseñe á las mujeres casadas? «Que sean prudentes, dice, y que sean honestas y que amen á sus maridos, y que tengan cuidado de sus casas (1).» Adonde, lo que decimos, «que tengan cuidado de sus casas,» el original dice así: «Y que sean guardas de su casa.» ¿Por qué les dió á las mujeres Dios las fuerzas flacas y los miembros muelles, sino porque las crió, no para ser postas, sino para estar en su rincón sentadas?

Su natural propio pervierte la mujer callejera. Y como los peces, en cuanto están dentro del agua, discurren por ella y andan y vuelan ligeros, mas si acaso los sacan de allí, quedan sin se poder menear; así la buena mujer, cuanto para de sus puertas adentro ha de ser presta y ligera, tanto para fuera dellas se ha de tener por coja y torpe. Y pues no las dotó Dios ni del ingenio que piden los nego-

(1) Ad. tit., cap. 2, v. 4, 5.

cios mayores, ni de fuerzas las que son menester para la guerra y el campo, midanse con lo que son y conténtense con lo que es de su suerte, y entiendan en su casa y anden en ella, pues las hizo Dios para ella sola.

Los chinos, en naciendo, les tuercen á las niñas los piés, porque cuando sean mujeres no los tengan para salir fuera, y porque para andar en su casa aquellos torcidos les bastan. Como son los hombres para lo público, así las mujeres para el encerramiento, y como es de los hombres el hablar y el salir á luz, así dellas el encerrarse y encubrirse.

Aun en la iglesia, adonde la necesidad de la religión las lleva y el servicio de Dios, quiere san Pablo (1) que estén así cubiertas, que apenas los hombres las vean, ¿y consentirá que por su antojo vuelen por las plazas y calles, haciendo alarde de sí? ¿Qué ha de hacer fuera de su casa la que no tiene partes ningunas de las que piden las cosas que fuera della se tratan? Forzoso es que, como la experiencia lo enseña, pues no tienen saber para los negocios de sustancia, traten, saliendo, de poquedades y menudencias, y forzoso es que, pues no es de su oficio, ni natural, hacer lo que pide valor, hagan el oficio contrario. Y así es que las que en sus casas cerradas y ocupadas las mejoran, andando fuera dellas las destruyen. Y las que con andar por sus rincones ganarán las voluntades y edificarán las conciencias de sus maridos, visitando las calles corrompen los corazones ajenos y enmollecen las almas de los que las ven, las que, por ser ellas muelles, se hicieron para la sombra y para el secreto de sus paredes. Y si es de lo propio de la mujer mala el vagar por las calles, como Salomón en los *Proverbios* lo dice (2), bien se sigue que ha de ser propiedad de la buena el salir pocas veces en público.

Dice bien uno acerca del poeta Menandro (3):

(1) I, Ad corinth., cap., 11.

(2) Cap. 7, v. 10.

(3) Apud Stobæum, serm. LXXIV.

Á la buena mujer le es propio y bueno
el de continuo estar en su morada,
que el vaguear defuera es de las viles.

Y no por esto piensen que no serán conocidas ó estimadas si guardan su casa, porque al revés, ninguna cosa hay que así las haga preciar como el asistir en ella á su oficio, como de Teano la pitagórica, que siendo preguntada por otra cómo vendría á ser señalada y nombrada, escriben que dijo (1) que hilando y tejiendo y teniendo cuenta con su rincón. Porque siempre á las que así lo hacen les sucede lo que luégo se sigue. Esto es:

§. XVIII.

De cómo pertenece al oficio de la perfecta casada hacer bueno al marido, y de la obligación que tiene la que es madre de criar por sí á los hijos.

Levantáronse sus hijos y loáronla, y alabóla también su marido (2).

Parecerá á algunos que tener una mujer hijos y marido tales que la alaben, más es buena dicha della, que parte de su virtud. Y dirán que no es esta alguna de las cosas que ella ha de hacer para ser la que debe, sino de las que si lo fuere, le sucederán.

Mas aunque es verdad que á las tales les sucede esto; pero no se ha de entender que es suceso que les adviene por caso, sino bien que les viene porque ellas lo hacen y lo obran. Porque al oficio de la buena mujer pertenece, y esto nos enseña Salomón aquí, hacer buen marido y criar buenos hijos, y tales, que no sólo con debidas y agradecidas palabras le dén loor, pero mucho más con buenos hechos y obras. Que es pedirle tanta bondad y virtud cuanta

(1) Sophocles in Phrixo.

(2) Vers. 28.

es menester, no sola para sí, sino también para sus hijos y su marido. Por manera que sus buenas obras dellos sean propios y verdaderos loores della, y sean como voces vivas que en los oídos de todos canten su loor.

Y cuanto á lo del marido, cierto es lo primero que el Apóstol dice, que muchas veces la mujer cristiana y fiel, al marido que es infiel le gana y hace su semejante (1). Y así, no han de pensar que pedirles esta virtud es pedirles lo que no pueden hacer, porque si alguno puede con el marido es la mujer sola. Y si la caridad cristiana obliga al bien del extraño, ¿cómo puede pensar la mujer que no está obligada á ganar y á mejorar su marido?

Cierto es que son dos cosas las que entre todas tienen para persuadir eficacia: el amistad y la razón. Pues veamos cuál destas dos cosas falta en la mujer que es tal cual decimos aquí, ó veamos si hay algún otro que ni con muchas partes se iguale con ella en esto.

El amor que hay entre dos, mujer y marido, es el más estrecho, como es notorio, porque le principia la naturaleza, y le acrecienta la gracia, y le enciende la costumbre, y le enlazan estrechísimamente otras muchas obligaciones. Pues la razón y la palabra de la mujer discreta es más eficaz que otra ninguna en los oídos del hombre, porque su aviso es aviso dulce. Y como las medicinas cordiales, así su voz se lanza luégo y se apega más con el corazón.

Muchos hombres habria en Israel tan prudentes y de tan discreta y más discreta razón que la mujer de Tecua; y para persuadir á David y para inducirle á que tornase á su hijo Absalón á su gracia, Joab, su capitán general, avisadamente se aprovechó del aviso de sola esta mujer, y sola ésta quiso que con su buena razón y dulce palabra ablandase y torciese á piedad el corazón del Rey, justamente indignado (2), y sucedióle su intento; porque, como digo,

(1) Ad I corinth., cap. 7, v. 14.

(2) II, Reg., cap. 14.